



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

LÚCIO ANNEO SÉNECA

Hay frases usuales y corrientes, que á cada paso se emplean, y que envuelven gran significacion histórica. Otras hay que cantan la apología ó revelan el oprobio de un hombre. *Es un Nerón, es un Séneca*. Por cortos que sean sus años y escasos sus conocimientos, ¿quién no ha escuchado ó empleado tales expresiones? La última recuerda la sabiduría de un español ilustre, y con sobrada razon tiene carácter tradicional, y se aplica á cualquiera para encomiar su ciencia ó su cordura.



Lúcio Anneo Séneca.

El hombre que dió origen á esta locucion vió la luz en Córdoba el año segundo ó tercero de la edad cristiana, es decir, que fué contemporáneo del Salvador del mundo. Hijo de un retórico, ó sea de un maestro en el arte de hablar, muy luego se vió trasladado á Roma, entonces señora del mundo y residencia de los emperadores, á fin de que adquiriese una esmerada educacion en aquella inmortal ciudad. Los elementos y relaciones con que contaba su padre, Marco, gracias á la índole de su profesion, procuraron al jóven cordobés una instruccion

completa y digna del talento y las nativas cualidades de que se hallaba dotado.

No tardó el hispano en darse á conocer como orador, y esta circunstancia, y la de hallarse relacionado con los cortesanos, pudo serle harto peligrosa. El monstruoso Calígula, César y dueño del vastísimo imperio romano, tuvo envidia de su elocuencia, y aún proyectó desembarazarse de él en la forma brutal que aquellos tiranos empleaban. Por fortuna las observaciones de una mujer, y la consideración de que la constitución enteca y enfermiza de Séneca anunciaba una muerte próxima, contuvieron los injustificados enojos del insensato monarca, y no atentó éste contra la preciosa vida de nuestro compatriota. No obstó esto, sin embargo, para que andando el tiempo, y á pretexto de haber ofendido á una augusta dama, fuera desterrado á la isla de Córcega, donde permaneció ocho años consagrado al estudio y á la composición de varias obras, y solicitó por recuperar el derecho de habitar en la ciudad eterna.

Al cabo de este período, Agripina le llamó á su lado y le encomendó la educación de su hijo Neron, después tan célebre por las infamias y violencias que siendo emperador cometiera. Séneca, que ya era reputado como filósofo, y que profesaba las más puras doctrinas morales que los paganos adoptaron, ó sean las de los estoicos, procuró infiltrarlas en el ánimo de su discípulo, y debió lograr sus intentos, puesto que éste, en los primeros tiempos de mando, fué un verdadero modelo de emperadores. Por desventura de la humanidad, abandonó bien pronto el camino de la virtud, y con esto labró la deshonra de su maestro, y dió ocasión á que éste mostrara sus indisculpables flaquezas.

Ganoso de conservar sobre Neron el prestigio y la influencia que á su antiguo cargo debía, el extraviado filósofo, cegado por la ambición, no sólo disculpó y aún alentó á su discípulo en sus insensatas locuras, sino que celebró el incalificable atentado que aquel cometiera, asesinando á la madre que le llevara en su seno, á Agripina, la antigua protectora de Séneca. Pero la Providencia, cuya existencia y cuyo influjo reconociera un día el insensato preceptor, dispuso que fuera víctima de las malas pasiones de su educando, y enojado éste por

alguna reprensión ó codicioso de las riquezas que su maestro acumulara, ordenóle el año 65 de nuestra era que escogiese la clase de muerte que más le agradara, fórmula que aquellos monarcas empleaban para anunciar la ruina de sus enemigos. Séneca se sumergió en un baño de agua tibia, mandó que le abrieran las venas, y verdaderamente estoico é imitador del griego Sócrates, ocupó los instantes últimos de su existencia en consolar á su afligida y enamorada esposa, y en dirigir á sus amigos palabras de cariñoso afecto.

Esta grandeza de alma y esta admirable resignación, digna de un cristiano, redimiéronle ante sus contemporáneos, y fueron el crisol en que su espíritu quedó purificado, demostrando que si su conducta estuvo siempre en contradicción con sus máximas, su muerte fué digna del gran pensador romano y del ilustre trágico de aquellos tiempos de corrupción y decadencia. Tal vez aumentó con esto el valor de sus obras y las simpatías que todos, y principalmente los jóvenes, le profesaban, y acaso este heroísmo es la causa de que hayan sido transmitidos sus escritos á la posteridad.

El número de estos es verdaderamente extraordinario. Figuran como suyas diez tragedias, en que hay magníficos arranques y descripciones bellísimas, que le han procurado el sobrenombre de trágico; las *Cuestiones naturales*, verdadera enciclopedia en que expone los conocimientos, errores y preocupaciones de su época, intercalando profundas observaciones y reflexiones morales; las ciento veinte y cuatro cartas dirigidas á Lucilio, donde se ven los arranques de aquel espíritu generoso, habla de la inmortalidad del alma, inculca la práctica de las virtudes todas, y censura ácremente á los que maltratan á sus esclavos, cual si no fueran sus semejantes; y por último, una multitud de tratados y opúsculos ó epístolas, en que bajo el punto de vista moral, y con el más levantado criterio, examina los más trascendentales problemas que pueden preocupar al hombre, y que influyen decisivamente en su bienestar y en su desventura.

Estos tratados son un libro acerca de la Providencia y otros acerca de la *Brevedad de la vida*, de la *Tranquilidad del sabio*, de la *Felicidad* y de los *Beneficios*. Los opúscu-

los se ocupan de la *Clemencia*, de la *Constancia del hombre sabio* y de la *Tranquilidad del alma*. En sus cartas á Helvia, su madre; á Polibio y á Marcia, procura consolarlos de las desgracias que lamentan, trazando profundas consideraciones filosóficas y sentidos consejos, que algunas veces pecan de alambicados y frívolos.

Del estilo de Séneca, ó sea de su habilidad en el manejo del idioma y en el empleo de imágenes, figuras y conceptos, que realcen los asuntos, no es posible juzgar, si no se tiene en cuenta que floreció en el primer período de la decadencia de la literatura latina, en un siglo en que los vicios, la sensualidad y los crímenes más hediondos todo lo manchaban, y habían embotado el gusto, y bajo unos emperadores que fueron el escarnio y el azote de la humanidad. Y sin embargo, Séneca, aunque casi siempre desordenado, se remonta en ocasiones á extraordinaria altura, conmueve con la profundidad de sus pensamientos, y arrebató con el fuego de su elocuencia. Pensador y orador, más que científico y filósofo, muéstrase siempre superior á sus coetáneos, y resuelve en sentido humanitario cuestiones que sólo en nuestros tiempos han dejado de serlo. Una de ellas es la que se refiere á la esclavitud. De lamentar es, por lo mismo que sus actos no estuvieran conformes con sus palabras y que no imitara á Sócrates durante la vida, el que tan bien le imitara en los supremos instantes de su muerte, dando lugar á que se le juzgara iniciado en los misterios y las puras doctrinas del naciente y perseguido cristianismo.

B. F. M.

EL GRANO DE ARENA.

CUENTO. (CONCLUSION.)

Pero Angel cumplió los veinte años, y tuvo que ser soldado. Entonces fue preciso que partiérase de aquellos lugares donde había sido tan feliz. Anita se despidió de él llorando, y Angel se alejó.

No le seguiremos durante algunos años; baste decir que logró hacerse querer y respetar de todos, y conquistó como

militar los más altos puestos y los laureles más envidiables.

Estas noticias llegaron hasta Anita, á quien Angel escribía siempre como un hermano. La joven las oía con orgullo y al propio tiempo con temor.

- Cuando vuelva, se decía con amargura, se avergonzará de mí, y tal vez ya no me querrá.

Angel llegó por fin, y Anita creyó notar en él cierta frialdad, que no era otra cosa que una excesiva timidez.

Aquella noche dió el joven un gran banquete, al que asistieron su protegida y el anciano, á quien los dos tanto debían.

- Es un león en la pelea, decía uno de los invitados.

- He hecho grandes descubrimientos para la ciencia, añadía un segundo.

- He ganado honradamente una inmensa fortuna, proseguía un tercero.

- Es necesario que haga un brillante casamiento.

- Solo una princesa sería digna de unirse á él.

Anita oía esto sin atreverse á pronunciar una palabra.

Antes de terminar la comida, Angel, dirigiéndose á sus amigos, dijo:

- Puesto que muchos de vosotros me habeis acompañado en mis días de desgracia, quiero participaros mi felicidad.

Voy á retirarme á estos lugares con la mujer que mi corazón ha elegido, si ella se digna aceptar mi mano.

Anita, pálida y triste, no levantaba los ojos del suelo, temiendo á cada instante oír un nombre desconocido en los labios de su protector.

El la tomó una mano y la preguntó con dulce acento:

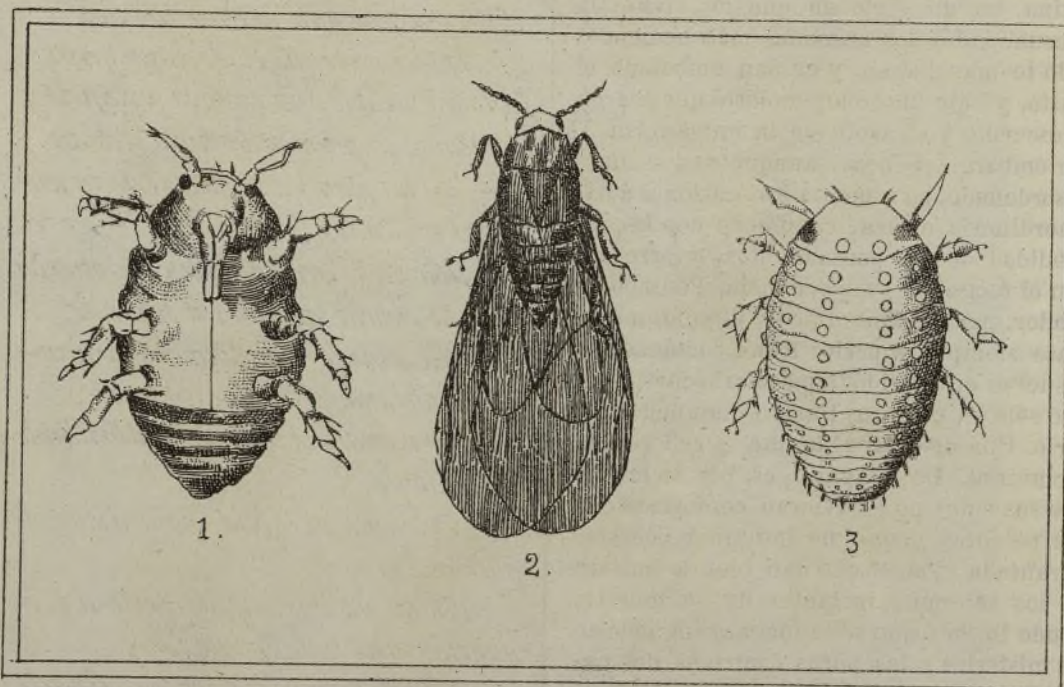
—¿Te negarás á hacerme venturoso siendo mi esposa?

—¡Dios mío! exclamó ella; ¡gracias te doy porque me concedes tan inmensa felicidad!

—¡Hijos míos, dijo el anciano maestro, dignos sois el uno del otro. Mientras el bravo militar se cubría de gloria en los campos de batalla, la modesta aldeana so-

corría á los pobres y consolaba al desgraciado. El grano de arena es ya montaña, y ha subido tanto que su cúspide toca al cielo, y puede ver el reino de Dios representado por uno de sus ángeles. Dichosos aquellos que nacidos en la miseria, todo se lo deben á ellos mismos, elevándose por el valor, por el talento y por la virtud.

JULIA DE ASENSI.



Historia natural: 1. Filoxera por la parte inferior, aumentada.—2. Filoxera alada, aumentada. 3. Filoxera á los 20 días, aumentada.

CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS

Luz á Enriqueta

A pesar de que escribí ayer muy largo detallándote todas las novedades que ha traído consigo la Virgen de mamá, como en mi carta te ofrecía darte cuenta del espléndido traje y maravillosa hermosura de mi muñeca, no quiero diferir un solo día el hacerlo para que desde luego goces del placer de conocerla, toda vez que cuando vengas, las dos la cuidaremos y querremos como nos cuidan á nosotras las mamás.

La primera ceremonia que tuvo lugar en

esta casa fué el bautizo de la muñeca, que se verificó el día de San Joaquín, siendo mamá la madrina, y convidándose para él á todas las niñas amigas, que acudieron vestidas de toda gala.

Mamá colocó á la muñeca encima del velador grande, y la presentó á todos, poniéndola por nombre Semíramis, y encargándome á mí el cuidado de la niña para todo cuanto pueda necesitar.

Después se cantó, se bailó, se repartieron dulces y helados, y yo fui la reina de la fiesta, á quien todos felicitaban y agasajaban.

Semíramis es todo lo que se llama una

buena moza. Tiene la estatura de una niña de siete años, y mueve los ojos con una gracia tal, que parece imposible que no hable.

Su cabeza y sus manos de cera son de una belleza perfecta, y sus cabellos rubios caen por la espalda en sedosos y ondulantes tirabuzones.

Viste un traje de raso blanco, hecho por la mejor modista de París, guarnecido de encaje de punto de Inglaterra, y sobre los hombros lleva un soberbio chal de cachemir de la India, matizado con los colores más bellos.

El pañuelo de la mano y el abanico que



Argelino vendedor de bebidas.

lleva cerrado en la mano derecha, son riquísimos, y el collar de perlas que rodea su cuello es digno de una reina. En el medallón que pende del collar se ve una L. formada de perlititas; pues como dice mamá, Semíramis es mi esclava, y lleva mis iniciales como el esclavo lleva las de su señor.

Es tal la dulzura de sus ojos azules, que cuando me quedo con ella en una habitación, me parece que no estoy sola, sino en compañía de una niña muy hermosa y muy callada, y á la que como menor que yo debo dispensar protección.

«Luz, me dijo mamá luego que nos que-

damos solas, puesto que por nada del mundo quieres que se te vuelva á considerar como á una niña *frívola*, es fuerza que yo te hable como á una mujercilla formal, y que procure ilustrar tu buen juicio en cuanto me sea dable.

¿Ves cuán rico es el traje de tu preciosa muñeca? pues si ese metal fuese oro, si esos encajes fuesen verdaderos, y esas perlas finas, habría costado el dichoso equipo más de ocho mil duros. Pero todo en este mundo puede falsificarse, y por eso las apariencias engañan aún á los más avisados.

Esos encajes son una imitación perfecta del punto de Inglaterra, el oro metal, las perlas cera, cubierta con cascarilla de nácar. Todas estas imitaciones son, sin embargo, muy caras; y en nosotros, por mucho que te queramos, sería un crimen gastar crecidas sumas en una muñeca, cuando un golpe de fortuna puede dejar arruinado á tu papá, como les ha sucedido á muchos otros, y verte algún día obligada á procurarte el sustento con las labores é idiomas que ahora aprendes en el colegio.

Semíramis es un regalo que yo te hago, pero costeado por tu abuelita. Mi buena madre me remite todos los años alguna cosa para el día de mi santo, y yo la he dicho que renunciaba gustosa á su recuerdo si en cambio me enviaba una muñeca *grande* para tí, pues precisamente necesitaba que fuese una muñeca *grande*, y no otra cosa.

Mi madre, que se halla en una posición muy desahogada, salió en Julio para la Exposición de París, y su primer cuidado fué enviarme á Semíramis para que pudiese ofrecértela el día de mi santo. Ahora ya sabes la historia de la señorita Semíramis, francesa y alemana á la vez, de modo que luego que aprendas bien el francés, debes aprender el alemán, siquiera para no ser ménos que una muñeca.»

Yo escuchaba á mamá con la boca abierta, y apenas podía creer que aquel oro no fuese oro, ni aquellas perlas, perlas; pues cuanto más las miraba más bellas me parecían. Pero habia en el discurso de mamá algo que yo no comprendía con toda claridad.

¿Por qué repetiría tanto que ella le habia encargado á la abuelita una *muñeca grande* y no otra cosa?

Mamá no me dió tiempo á satisfacer mi curiosidad, y encargándome mucho el repaso de mis lecciones, y á mi doncella que no se separase de mi lado, cerró con llave el gabinete donde estaba la muñeca, y tomando el sombrero salió para hacer algunas compras.

Apenas mamá habia salido á la calle corrí hácia la alcoba con el objeto de entrar por ella al gabinete, y poder ver otra vez mi Semíramis.

Mamá habia cerrado también la puerta de comunicación, y al volver contrariada

y cabizbaja al lado de Antonia, tropecé con Adolfo, que repasaba sus lecciones, en los pasillos.

Desde anteayer Adolfo me hace la guerra, pues no puede perdonarme la burla que hice de su Virgen del Tránsito, y encarándose conmigo me hizo una mueca burlesca, gozándose en el chasco que yo acababa de llevar.

—¡Señorita Luz! me dijo con sarcasmo; mamá conoce toda tu delicadeza, y «quien quita la ocasión quita el peligro».

Y continuó estudiando como si tal cosa.

Furiosa al verme objeto de burla para él que se presume de no cometer nunca una falta, y que en venganza de su agravio podía delatarme á mamá, exclamé, sin poderme contener, y amenazándole con un gesto:

—¡Filósofo! ¡filósofo!

Y me volví llorando de cólera al lado de mi doncella.

Me puse al piano á repasar la lección; pero mis dedos recorrían las teclas al azar y sin que yo prestase atención á los sonidos. La idea de que mamá supiese la falta que yo acababa de cometer, me humillaba, de manera que no pudiendo prestar atención á mis lecciones, cerré el piano.

Ella tan buena, que habia renunciado al regalo de su madre, sólo por proporcionarme la preciosa muñeca, no me exigía en cambio más que el estudio, y yo, lejos de obedecerla, me introducía en su alcoba como un ladrón, contraviendo sus órdenes como chiquilla mal educada.

Dominada por la cólera y la vergüenza á la vez, me arrojé al cuello de Antonia llorando, y exclamando:

—¡Se lo va á decir! ¡se lo va á decir, Antonia! ¡está visto que yo soy siempre la niña *frívola*!

Antonia, que nos ha visto nacer á todos, me dijo con dulzura, señalando á mi hermano:

—Hable V. al señorito... ¡es tan bueno!

—¿Yo hablarle á él? ¡á ese hipócrita que se ha burlado de mí! ¡nunca!

—Hace V. mal; V. es la que se ha burlado del dibujo de la Virgen, y V. es la que debe pedirle que la perdone... el señorito es incapaz de delatar á nadie; estoy segura de ello.

Avergonzada de oír aquel juicio desinteresado, y cediendo al impulso de mi conciencia, corrí hácia Adolfo, y pasando mi brazo alrededor de su cuello, exclamé con voz suplicante:

—¿Me quieres enseñar tu Virgencita? ¿me perdonarás el haberte llamado filósofo?

Adolfo me abrazó, y dándome un golpecito en la espalda, contestó sonriendo:

—¡Pues no te he de perdonar! entónces me inferiste áquel desaire porque eras todavía una *niña frívola*... ahora... ya te has enmendado.

—Precisamente ahora... murmuré cada

vez más avergonzada, ahora mismo te...

—Yo no he *oído* ni *visto* nada, respondió cerrando el libro y echando á correr conmigo por la galería. ¡A quién llega primero!

Yo habia recobrado todo mi valor, y corría y corría para alcanzarle, con la mayor alegría.

En aquel momento llamaron á la puerta.

Antonia abrió, y un muchacho del comercio se adelantó hacia nosotros cargado con una preciosa *escusa-baraja*.

—La señorita Luz, dijo alargándome una tarjeta de mamá.

—Yo soy, le respondí con arrogancia, y fijando en la cesta una mirada escrutadora.

En la tapa habia pegado un tarjeton, que decia:

«Equipo de la señorita Semíramis.»

Mi hermano, ocupando en aquel momento el lugar de mamá, dió algunas monedas al muchacho, que desapareció murmurando algunas frases de gratitud.

—¡Equipo de la señorita Semíramis! repetía yo leyendo el tarjeton; ¡pero si Semíramis está primorosamente vestida! ¡vamos! ¡no lo comprendo!...

Adolfo me lanzó una mirada que bastó para refrenar mi curiosidad.

—¡No! ¡no! le dije respondiendo á su pensamiento, no insisto ya en curiosear; mamá nos explicará este misterio, ¡no es verdad?

Y sentándome de nuevo al piano empecé á repasar mis lecciones con el mayor entusiasmo.

Mamá debe llegar de un momento á otro, y quedará satisfecha de mi repaso... no lo dudes; pero ¡qué será eso que viene tan tapado y que tanto pesa?

Pronto, muy pronto, lo sabré y lo sabrás tú tambien, como todos los secretos de tu

Luz.

HISTORIA NATURAL

La filoxera

En la pág. 292 encontrarán nuestros lectores un grabado en que se representa este terrible insecto, que tantos daños puede traer á España, por lo mismo que puede destruir las cepas y aniquilar la riqueza vitícola que poseemos, y que á tantas gentes facilita trabajo, aquí donde existen doscientos cincuenta mil propietarios de viñas.

Importado de América, donde se le ha observado por vez primera ese animalito, apenas perceptible, está ya causando estragos en los valiosos viñedos de Málaga, y para prevenirlos, el Gobierno ha tomado algunas precauciones, y los sábios se ocupan en descubrir la manera de destruirle, sin haberlo conseguido hasta el presente.

Tan terrible azote se propaga asombrosamente, y si su pequeñez no debería, al parecer, asustarnos, la facilidad asombrosa

con que se multiplica, y el infinito número de insectos que se acumulan en las raíces de las cepas, acaban por destruirlas, y alarma con razon sobrada á los que la conocen. Para medir su accion destructora y rapidísima, basta tener en cuenta que una hembra dá en un año una descendencia de treinta millones de estos pulgones tan terribles.

ARGELINO VENDEDOR DE BEBIDAS

Conocida es la habilidad de los mercaderes mahometanos para insinuarse y dar salida á sus géneros. Su rostro y sus maneras revelan ya la sagacidad que los distingue. A esta clase pertenece el personaje de que dá exacta idea el grabado de la pág. 293. Llámase Mohamed ben Ibrahim, y expende limonadas en el local de la Exposicion universal, siempre impasible y tranquilo cuando ningun cliente se presenta, y siempre diligente y afable cuando éste se le acerca y desea saborear las bebidas que aquel mantiene frescas en alcarrazas de tierra porosa y rojiza.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuacion (1).

La abuela y el anciano sacerdote celebraban tambien la generosidad de Clara y encomiaban su proceder: en cuanto á ella, jamás se habia sentido tan contenta y tan satisfecha de sí misma.

En aquella pobre casa recibió las más dulces impresiones que habia gustado en su vida, escuchando al par de los labios del ministro de Dios, sábias lecciones y prudentes consejos que nadie, desde que muriera su nodriza, se habia cuidado de darle.

El alma de Clara se abrió como el cáliz de una azucena, para recibir el santo rocío de aquellas lecciones y de aquel ejemplo. Las santas máximas de virtud y de amor á Dios que habian sostenido en su infortunio á la desvalida y enferma María, elevaron hasta los cielos los pensamientos y las aspiraciones de la rica heredera, y cuando ésta abandonó aquella humilde morada, llevaba en su alma un tesoro de fé, de esperanza, de caridad, que no habia poseído hasta allí. La vista de aquella niña resignada y creyente, que por solo su amor á Dios soportaba con alegría los males y las penalidades, habia empezado la obra, y la voz del santo ministro de Dios la habia terminado.

Clara volvió á su casa bien diferente de lo que era antes; al anocheecer su padre quiso llevarla al teatro, pero la niña se excusó diciendo que estaba un poco enferma.

El señor de Montalvan, que adoraba á la niña con locura, se alarmó seriamente, y bajó á su gabinete para informarse por sí mismo de su salud.

(1) Véase la pág. 240.

—¿Qué tienes, Clara mía, la dijo al entrar.

—No te asustes, papá; no tengo nada:

—Me engañas: á no estar enferma no querías quedarte en casa, tú que tan aficionada eres á las diversiones, y sobre todo, á la música.

—Sí; pero hoy...

—¿Qué?

—Me causaria pena en vez de alegría.

—¿Luego tienes algo?

—Estoy un poco triste, y nada más.

—¡Tú triste! ¿y por qué?

—Permíteme que te lo calle.

—Hija mía, no te comprendo.

—Cuando nuestra tristeza no tiene remedio...

—Es que no tiene fundamento, y es preciso desecharla.

—¡Oh! no es eso, papá; pero una niña ¿qué puede hacer en este mundo?

—Todo, cuando tiene un padre que se mira en sus ojos, y que está dispuesto á complacerla.

—¿Todo? preguntó con afán Clara, á cuya mente acudió la idea de mejorar la suerte de María.

—Sí, contestó el padre mirándola fijamente; sí, porque las niñas buenas no quieren nada que no sea razonable, y yo espero que tus deseos lo serán.

—¿De veras, papá, serías capaz de concederme lo que te pidiera? exclamó Clara juntando las manos y mirándole con una



Elementos de dibujo.

expresion de ternura, de esperanza y de alegría.

—Sí, volvió á decir el señor de Montalvan; pero habla pronto; me tienes inquieto, porque jamás te he visto tan conmovida como esta noche.

La niña saltó sobre las rodillas de su padre, le echó los brazos al cuello, y apoyando los labios en su frente,

—Vamos, le dijo, voy á ver si tienes palabra.

—Dí.

—Quiero... pero no; mejor es otra cosa: ven conmigo.

—¿Cómo!

—Ven conmigo, y dí siempre sí á todo lo

que yo te pregunte... ¡no te vuelvas atrás, me has dado tu palabra!

El señor de Montalvan sonrió con indulgencia, y dispuesto á satisfacer aquel inocente capricho, se levantó, y dando la mano á Clara,

—Condúceme donde quieras, exclamó, esperando que la niña iba á exigirle un traje ó algun costoso juguete; pero resuelto á complacerla, puesto que se habia obligado á ello, y gustoso porque la enfermedad que habia temido sólo se reducía á una petición.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.